

¿Cómo se escribe una tragedia?

Años lentos

Fernando Aramburu
VII Premio Tusquets de Novela
Tusquets, Barcelona, 2012
220 páginas, 17 euros

Por J. Ernesto Ayala-Dip

En *El PROMETISTA del Utopía*, Fernando Aramburu dibujaba algunos personajes de difícil olvido. No por la nitidez de sus perfiles psicológicos, sino paradójicamente por todo lo contrario: por ese cruce de indeterminación moral, mezcla de desprendimiento y ruindad. En *Años lentos*, con el que gana ahora el VII Premio Tusquets Éditores de Novela, el escritor vasco repite esa arriesgada operación. En realidad, los riesgos son dos. Los hay técnicos y éticos. Crear un personaje y ponerlo en una trágica situación histórica, en el origen de ETA, exige la excelencia de una estrategia narrativa que impida el maniqueísmo moral. Aramburu resuelve con creces la encrucijada ante la cual su novela lo ponía. Incluso estaría por decir que una instancia, la ética, depende no tanto de la voluntad del autor, como de su pericia y sensibilidad para gestionar la sala de máquinas de su relato. Quiero insistir en este capítulo porque me parece que Fernando Aramburu hace crecer en el método de representación que ha ideado para su novela su peso y su eficacia estética.

Que recuerde, no he visto en novelas anteriores del autor la platea y la tramoya expuestas a la vista del lector como se hace en esta. Veamos cómo. Hay una voz que escribe y narra oralmente a un oyente y escritor llamado Aramburu. Este deberá escribir lo que le narra para ese propósito el primero. El narrador le cuenta a Aramburu cómo su madre reparte a él y a sus hermanas por distintos lugares, dada su extrema pobreza para criarlos a todos. El narrador, que entonces tenía ocho años, va a casa de una tía suya y allí conoce a su primo Julen, unos años mayor. El relato indirecto nos ofrece la falsa impresión de que quien narra es el protagonista, citando en realidad

lo es, para lo mejor y para lo peor, el primo Julen. Esso por un lado. Por otro tenemos a Aramburu, que escribe esbozos, borradores, estrategias y elementos retóricos, para adaptar el relato del primo de Julen. Ha de ser una novela cuyos parámetros formales coincidan precisamente con los que conocemos y celebramos del Fernando Aramburu real. Y así llegamos a la conclusión de que entre el relato que conocemos del primo de Julen y los borradores de Aramburu para transformarlo en una novela, el lector

Aramburu resuelve con creces la encrucijada de crear un personaje y ponerlo en el origen de ETA sin caer en el maniqueísmo moral

El novelista trama una sólida historia familiar con ramificaciones ideológicas en la que lo individual se contrapone al dogmatismo ambiental

está en el medio de un proceso narrativo que termina siendo la tierra de nadie de la ficción. Tenemos relato, tenemos el trabajo y las reflexiones de Aramburu pero no tenemos novela. O sea, estamos en la platea y a la vez estamos en la tramoya: pero no tenemos la representación que se nos prometía. Esto es la novela que leemos. Ésta es su arquitectura. Un suelo de fic-

ción en el cual Fernando Aramburu trama una sólida historia familiar con ramificación ideológica, dejando que lo individual sea la luz humana en contrapunto con el dogmatismo y la ideología ambiental reinante en esos años a un lado y otro de la sociedad vasca.

La figura de Julen, de quien siempre tenemos noticias indirectas, simboliza en su sola persona la tragedia de un pueblo, el vasco, artineconado entre dos fuegos. Pero además también simboliza la condición humana en general, como nos enseña en su día André Malraux. En el fondo Julen es un insistente. Sabemos lo que hace, pero nunca estamos seguros de por qué. También tenemos la sensación de que quien nos narra la vida de Julen se beneficia de su influencia más o menos inconsciente. Como si Julen, en su juego con el abismo (formar parte de ETA y luego desligarse enigmáticamente de la banda) le indicara a su inocente primo una pauta de conducta, un sello moral para el resto de su vida. Dije antes que el protagonista de la novela es Julen. El que lo relata, el que lo rescata del anonimato es el mensajero, el niño absorto en lo que intentaba entender. El niño de ocho años que va interiorizando lo que acontece a su alrededor con una rara mezcla de suspicacia e inocencia. A este narrador le debe Julen su extraña vida. Recuerdo un libro de Aramburu titulado *El artista y su cadáver*. Hay en el un texto que no puedo dejar de relacionarlo con esta novela: se trata de 'el logo sentimental de la bicicleta'. Lo relaciono porque en *Años lentos* unas bicicletas de juguete son las que estrechan y vinculan emocionalmente para siempre, probablemente más allá de las distancias ideológicas, a estos hermanos personajes: sus particulares *roschid*.

Años lentos nos deja al mejor Fernando Aramburu. Los registros cambiantes según los tramos narrativos. La lengua naturalista y el realismo irónico entre Celia y Dolores. La visión siempre esperpéntica. La focalización huidiza para acrecentar la mirada siempre asombrada de los que participan en la tramoya y de los que miramos desde la platea. •

espumas de corte baudelaireano, como en

ese poema de Gámdelevski: "Creo que lo daría todo con tal de esperar de nuevo junto al muerto/a la mujer de 23 años del abrigo largo y negro". O ese otro de Veden-yapin, perfecta explicación de lo que la poeta pueda ser: "Allí donde solo hay música, sin palabras, / y la lluvia meada, como aguas sin reloj, / repiquetea al azar entre los troncos / ... en Moscú, y en el sellado jardín, / se ve irguir el poema, como un ángel". Ángel Rupérez



Daisuke
Natsune Soseki
Traducción de Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés
Impedimenta, Madrid, 2012
244 páginas, 22,50 euros

NARRATIVA. DAISUKE se aburre de manera crónica, su vida transita en un permanente "enrut". La primera escena de *Sorekarru* (título japonés del libro, más cercano a su escritura, y que podría traducirse libremente por un "y entonces" o un "y ahora ¿qué?") nos presenta a un Daisuke que desde el inicio mira háuguidamente una flor de campo o hace equilibrios por desdoblarse el período sin tener que abandonar la posición horizontal. No ejecuta nada con rapidez, todo es lento y varío, a pesar de que la vida le ha colocado en la mejor de las posiciones: pertenece a una familia acomodada, es culto, habla idiomas y se ha graduado en una prestigiosa universidad. Y tras tantos logros, ahora ¿qué? Daisuke es la personificación de la resistencia, en este caso pasiva, a las exigencias de una sociedad en transición a la modernidad pero fuertemente tradicional, poco dada a admitir la vagancia o la mediantía. Como todas las novelas de Soseki, *Daisuke-Sorekarru* es una deliciosa recreación de transición del Japón del shogunato al Japón moderno. **Paloma Llana**